



Estado del Arte:

Los meandros del devenir sujeto, un acercamiento a la subjetivación del mal

Luisa Fernanda Ramírez Quinchía

Artículo de investigación presentado para optar al título de Politóloga

Asesora

Francis Margot Corrales Acosta, Magíster (MSc) en Ciencias Políticas

Universidad de Antioquia
Facultad de Derecho y Ciencias Políticas
Ciencia Política
Medellín, Antioquia, Colombia
2024

Cita

(Ramírez Quinchía, 2024)

Referencia

Ramírez Quinchía, L. (2024). *Estado del Arte: Los meandros del devenir sujeto, un acercamiento a la subjetivación del mal* [Trabajo de grado profesional].

Estilo APA 7 (2020)

Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



Centro de Documentación Instituto de Estudios Políticos

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

A Francia Quinchía Cardona y Manuela Restrepo, dos grandes mujeres que me enseñaron el valor de la resiliencia.

Agradecimientos

A mi familia y mi madrina, Nidia Rendón, por su apoyo incondicional en este proceso. A mi asesora por su acompañamiento y orientación constante.

Resumen

El devenir sujeto político no necesariamente es el producto de prácticas “afirmativas” del ser. Este en su entramado de vivencias puede definir múltiples formas de subjetivar la realidad, incluso optar por subjetivar el mal, banalizando y normalizando sus posibles efectos. Pero el mal no es una expresión teórica unificada, y aunque la filosofía lo entiende como parte constitutiva de la humanidad, no se puede hablar de una naturaleza del mal.

En el presente trabajo nos proponemos identificar que es posible un vínculo entre política y mal, y que son observables en los procesos de subjetivación produciendo sujetos políticos malvados. Estos sujetos se observan tanto en disposición teleológica del orden que se establece en la política, como en la manifestación de los antagonismos presentes en los conflictos propios de lo político.

En este sentido, se sostiene que, pese a que el mal está presente e incide en los procesos de subjetivación “no afirmativas”, es un campo poco explorado y sobre el que se ha priorizado la potencia del sujeto político por encima de las prácticas observables asociadas a la voluntad de poder, que orienta procesos de subjetivación no necesariamente “afirmativa”.

Palabras clave: Devenir, sujeto, subjetividad, sujeción, subjetivación, mal.

Abstract

The becoming of a political subject is not necessarily the product of "affirmative" practices of being. Within its framework of experiences, it can define multiple ways of subjectivizing reality, even choosing to subjectivize evil, trivializing and normalizing its possible effects. However, evil is not a unified theoretical expression, and although philosophy understands it as a constitutive part of humanity, one cannot speak of a nature of evil.

In this paper, we aim to identify that a link between politics and evil is possible, and that it is observable in the processes of subjectivation, producing evil political subjects. These subjects are observed both in the teleological disposition of the order established in politics, and in the manifestation of the antagonisms present in the conflicts inherent to politics.

In this sense, it is argued that, although evil is present and influences the processes of "non-affirmative" subjectivation, it is a field that is little explored and over which the potency of the political subject has been prioritized above observable practices associated with the will to power, which guides processes of subjectivation not necessarily "affirmative".

Keywords: Becoming, subject, subjectivity, subjection, subjectivation, evil

Introducción

Podrá decirse que el ser humano convive con diversos “yo”, entre los que figuran las sombras, que pueden tocar e invadir toda su esencia. Las sociedades como ahora las conocemos son el devenir histórico de emociones, acciones, luchas, de ires y venires o, como los meandros, de entradas y salidas. Y es que, entre acciones, razones y emociones se tejen entramados y complejidades inacabadas donde el ser humano, como artífice de su historia, experimenta tanto la nobleza como las grandes atrocidades y, cual caja de pandora, dejan escapar torrentes de maldad que hacen parte de la humanidad.

Las prácticas de los sujetos en los escenarios políticos así lo demuestran. Con Hannah Arendt recordamos el caso de los Nazis en Alemania, en especial por su reflexión alrededor del caso Eichmann y su propuesta teórica de la banalización del mal, como una acción de un sujeto que responde a órdenes sin siquiera análisis los efectos de su acción. Según señala la autora, no se trata de “monstruos generando monstruosidades” (Arendt, 2003, p.165). Pues considera que existieron muchos hombres como él que no encarnaban el mal moral, la perversión o el sadismo.

Desde la óptica de Gómez (2014), la subjetivación del mal está asociada a cómo los sujetos hacen del mal un instrumento para su acción. Apelando a la lectura de Arendt, propone que no es posible encontrar una esencia del mal, nunca se sabe qué forma tomará, pero llega a expresarse, según podemos contemplar en el caso colombiano, en los crímenes de lesa humanidad de paramilitares y guerrilleros colombianos, pero también en las acciones propias del Estado como los falsos positivos. De acuerdo con el autor, “no existe una esencia común del mal, ni un juicio determinante que pueda establecer una teoría unificada del mal” (Gómez, 2014, p.62). Según expone, además de ser uno de los principales problemas de la filosofía, se constituye en un desafío de la humanidad. Su propuesta de análisis no se ocupa de la naturaleza del mal, más bien propone el diálogo entre política y mal observables en la subjetivación de este, y en cómo producen sujetos políticos malvados, no sin antes advertir que se trata de un tema poco abordado.

A la subjetivación del mal, Gómez (2014) la nombrará como modo de subjetivación política no “afirmativa”; es decir, el devenir sujeto político a través de acciones malvadas que van en contra de las concepciones armónicas de la democracia de consensos. En este sentido, entenderemos que el mal puede devenir en “cinismo, despotismo, tiranía, conformismo, autoritarismo o violencia,

simplemente es omitida o explícitamente rechazada” (2014, p.59), entre otros aspectos que, según el autor, también son voluntad de poder.

No obstante, las ciencias sociales y en especial las ciencias políticas se han ocupado de las formas “emancipatorias, reivindicativas, democráticas o altruistas” (Gómez, 2014, p.56) de la política: las perspectivas “afirmativas” del devenir sujeto y, por su puesto, de la subjetivación como potencia. La política misma tiene esta connotación, pues según expresa Mouffe (2007) es “el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana” (p.16). O, en otras palabras, la perspectiva afirmativa que construyen los humanos para el entendimiento.

Ahora bien, Mouffe (2007) introduce el conflicto como parte de la política por lo cual reconoce que esta se genera “en el contexto de la conflictividad derivada de lo político” (p.16). La autora, propone una mirada de lo político que nos aleja de la perspectiva liberal y deliberativa de la democracia de los consensos, propia de la versión habermasiana y nos propone entenderla como un estado agonístico, en continuo movimiento y conflicto.

Mouffe sugiere que el consenso y la armonía no es suficiente para entender la política actual, por tanto, propone hablar de lo político como el escenario del conflicto “producto de los antagonismos constitutivos de las sociedades humanas” (Mouffe, 2007, p.16). El conflicto se observa en la relación del nosotros/ellos, a los que la autora llamará adversarios en contraposición a la idea amigo/enemigo de Schmitt.

Algunos autores coinciden en el distanciamiento con respecto a la perspectiva armónica de la política, ya que se trata de “discontinuidad, aleatoriedad e improbabilidad, desde la que se despliegan procesos de auto organización social en devenir” (Díaz & Alvarado, 2016, p.113). En este sentido, Bonvillani sugiere que “la política no es una existencia sino una posibilidad inscrita en el horizonte de la contingencia y que depende básicamente de un punto de desacuerdo” (Bonvillani, 2012, p.194).

La existencia, comportamiento y la construcción del ser son también un continuo movimiento que se complejiza en un mundo político que le resulta incertidumbre, en ocasiones omisión, en otras decisión y acción. Es un proceso donde el individuo deviene en sujeto a partir de lo cual se crea y se recrea a la vez que interviene en la creación de su propia historia. Esta intervención, en el campo de la política, se abre con la pluralidad de posiciones que con Mouffe

(2007) son la clave para identificar cómo entran en conflicto las ideas en torno al orden que presentan los sujetos.

Por la naturaleza antagónica de la política, la autora propondrá el agonismo como manifestación permanente y distinta del antagonismo en el que se establecerán relaciones entre adversarios, que en algunos momentos serán enemigos. Es decir, iguales en capacidades y espacio común, pero enemigos por desear otras formas de orden.

Estas últimas, que se han asumido como la construcción de los puntos comunes, no son necesariamente el devenir sujeto político desde la perspectiva “afirmativa” en tanto demócratas; más bien, es un campo donde también se puede hacer evidente la capacidad que tiene el mismo de subjetivar el mal como un mecanismo para actuar.

Para Mouffe (2007), el sujeto es producto del orden instituido, por lo que su subjetividad es adiestrada; sin embargo, en el campo de lo político los discursos de los sujetos son la manifestación de la hostilidad y del antagonismo de las relaciones humanas. Estas además son relaciones conflictivas, que sugieren los órdenes en disputa, que serán llevados a consensos y acuerdos y se verán reflejados en el mundo de la política.

Si bien Mouffe no se detiene en estas configuraciones, es claro que el campo de lo político es también el de la manifestación de los intereses de los sujetos políticos. Y, de ser así, pese al uso afirmativo de los procesos de subjetivación, en la política se pueden evidenciar las diversas formas de expresión del ser humano en las que puede verse como villano o como héroe, incluso ser los dos a la vez. En este sentido, sugerimos pensar que el sujeto subjetiva la realidad afirmativamente, pero también lo hará subjetivando las “no afirmativas” para actuar y ser parte del mundo de lo político. Ver el individuo que subjetiva el mal no es impensable, el mal es común en política, muchas acciones del sujeto son el reflejo de sus subjetividades, entre ellas, de las subjetivaciones del mal.

Pero los estudios explorados para este análisis han dirigido la mirada hacia las subjetivaciones “afirmativas” de la política. Por ello, el centro de reflexión ha sido la potencia y la capacidad de agencia con la que cuenta el individuo para su actuación en lo político, aludiendo no solo al sujeto en su individualidad sino también a la unión entre sus similares: aquellos que comparten ideas, intereses, sufrimientos y/o vocaciones. Y aunque en las producciones académicas se reconoce la posibilidad cambiante del individuo, no le han dado el mismo estado analítico a la latencia del mal.

Entonces, entendemos con Gómez (2013) que la subjetivación no puede orientarse en una sola línea de fuga, por lo que el devenir sujeto político no refleja de manera determinista las prácticas “afirmativas” del ser. Más bien, en su entramado de vivencias, este puede ubicarse en diversos ejes políticos configurando subjetivaciones múltiples que, incluso, pueden propender por el mal. La producción académica revisada nos permite observar que se ha reafirmado la potencia de la subjetivación y sus derivaciones, pero no niega la otra posibilidad, la del mal. Aunque sigue siendo un terreno poco explorado y, en algunos casos, una reflexión ausente.

Para el presente trabajo se llevó a cabo un estado del arte como metodología que permite hacer un balance y ayuda en la apropiación del conocimiento sobre una temática particular. En este sentido, tal y como lo describe Jiménez (2006), se abordará con miras a comprender cómo se ha construido el conocimiento. Y nos proponemos condensar y utilizar los recursos académicos producidos en América Latina que permiten hacer un balance sobre los abordajes alrededor del devenir sujeto político; así como destacar para futuros análisis la posibilidad de ahondar en los aspectos asociados al devenir sujeto del mal.

Para el ejercicio se elaboró una base de datos a partir de una revisión realizada en el año 2019 en repositorios accesibles en la virtualidad y de buscadores como Scielo, Dialnet y bibliotecas de universidades con producciones publicadas entre 2000 y 2019. Esto, teniendo como guía los estudios realizados en torno al sujeto político, la subjetivación y la sujeción en América Latina. Al final se seleccionaron para el análisis 30 textos que, de manera explícita, proponían analizar la subjetividad política; sin embargo, por ser un campo abordado desde diferentes disciplinas, se buscó contar con producciones de áreas como la sociología, la psicología, la educación y la ciencia política. De esta última, se halló poca producción.

Así, las indagaciones sobre el devenir sujeto en el campo de la ciencia política se constituyen en un aporte significativo, a una ciencia que se ha centrado en comprender los procesos institucionales y de configuración de los grandes pactos sociales para la convivencia. Este artículo, entonces, presenta los abordajes realizados en estudios en América Latina alrededor de tres categorías: subjetividad, subjetivación y sujeción. Allí se va entrelazando una reflexión sobre los tratamientos de dichas categorías y la ausencia de análisis sobre el devenir sujeto político en un sentido “no afirmativo”. Esto, para concluir que los abordajes no limitan llegar a las subjetividades políticas del mal; no obstante, se destaca que la literatura académica prioriza el sentido afirmativo del devenir político.

1 Cuerpo del trabajo

1.1 La subjetivación, un proceso del sujeto para sí

La subjetivación implica que el sujeto es una construcción en la que toma relevancia la conciencia forjada a partir de sus vivencias. Estas se convierten en parte de su intimidad, y en concordancia con esto, con la manera en que percibe y crea su vida, el individuo es una construcción perpetua pese a que operan modelaciones en su existencia. En este caso, el sujeto es acción, reflexión, conciencia.

Ahora bien, esa conciencia “remite a la idea de sujeto actuante en momentos concretos del devenir histórico. La conciencia como visión del propio ser social y de sus horizontes de acciones posibles” (Zemelman, 2012, p.239). Pero ese ser consciente no es uniforme, pasa por adversidades u obstáculos que se generan en la introspección que el sujeto hace de su experiencia, el cómo se relaciona con las estructuras y cómo se dispone como individuo en su devenir sujeto.

Este ciclo, por demás constante, se lleva a cabo bajo la lógica de los poderes dominantes que buscan alinear y objetivar el ser. Ejemplo de ello es cómo el sistema de producción capitalista, a partir de controlar la fuerza de trabajo, limita los tiempos para vivir otras experiencias, llevando al ser a que se reconozca en el salario, en la disciplina horaria, en la relación con la producción.

Sin embargo, por las múltiples posibilidades de ser sujeto hay hechos, sentires y razones que amplían su campo a nuevos horizontes y que le permite conquistar, problematizar y devenir la voluntad nacida de su experiencia. Y de lo más íntimo de sus configuraciones, capaz de transformar sus propias concepciones.

La subjetividad es el resultado del proceso de subjetivación de la realidad que “posibilita la configuración de un sentido de identidad que no se base en lo fijo, sino en lo contingente” (Paredes, 2012, p.128). Un referente sobre esto logra ser el feminismo de la diferencia sexual, según explica Paredes. El proceso de subjetivación las ha llevado a un auto reconocimiento, y esto no se da la nada, pues el mundo actual las ha llevado a transgredir esas ideas reduccionistas de la sexualidad heteronormativa, una clara ruptura con el orden instituido y que ha sugerido transgredir las normas propias de la democracia.

Ese devenir sujeto las ha conducido a prácticas emancipatorias, en las cuales han creado voces constructivas, que edifican la experiencia social y que se ven reflejadas en la acción, en lo

plural. Es una manifestación del antagonismo de Mouffe (2007). De acuerdo con la autora, es la emergencia de otras manifestaciones políticas que les implica estar fluctuando entre acciones, reflexiones y discursos (Paredes, 2012, p. 113).

Ser, pensar y hacer son algunos procesos del sujeto subjetivado, del ser que deviene sujeto, que está en continuo cambio, en desarrollo, en permanente construcción de sí mismo. Autores como Díaz y Alvarado (2012), mencionan que “los individuos no son los mismos, aunque se crean los mismos” (p.118). No obstante, “en su proceso de subjetivación del cuerpo, el sujeto se asume como centro del cambio y el único que lo direcciona” (Díaz & Alvarado, 2012, p.119).

Y si bien estos cambios que viven, como el separarse de su familia o reconocer su sexualidad, modifican la conciencia, la percepción, los propósitos e incluso los cuerpos, hay signos de lo instituido que permanece; por tanto, el antagonismo es parte del proceso de subjetivación. Esto implica que la subjetividad no es simple aceptación, pues el sujeto a partir de sus mismas vivencias puede alterar la diversidad de aspectos que pueden ser forzados, clasificados o internalizados desde sus propias ópticas y formas de ver el mundo. En ese caso, las respuestas pueden ser diferentes.

De esta manera, el ser que subjetiva su experiencia modifica su cuerpo, subjetiva lo objetivado, el lugar en el que crece, su forma de pensar, las instituciones que lo normatizan, el *statu quo* y un sin fin de componentes que lo acompañan.

Bonvillani (2012) diría que los diversos sentidos provenientes de distintas áreas de la experiencia de los sujetos se articulan para formar una organización dinámica a la que denomina configuración (...), que es “la forma en que se presenta la subjetividad” (p.193) y donde “la configuración subjetiva es una integración relativamente estable”. Esto implica mantener una tensión productiva entre lo procesual de la subjetividad y una cierta estabilidad que permite, por ejemplo, la generación de nuevos sentidos a partir de los estabilizados (p.193).

Esto quiere decir que, si bien hay un equilibrio que no permite al sujeto estancarse, este se mueve entre los cambios casi imperceptibles e intrascendentes. Y los cambios, en ocasiones abruptos, podrían ser sustanciales o impactantes. Así se puede observar, en Bonvillani (2012), cómo la subjetividad reviste estas dos posibilidades.

Por ejemplo, una investigación con jóvenes entre 14 y 25 años de la ciudad de Córdoba, en Argentina, a partir de entrevistas, grupos de discusión y observaciones, logró vislumbrar cómo ellos, en su cotidianidad, viven al filo entre condiciones simbólicas y materiales que les permiten

configurar su subjetividad, pese al estigma de ser piquetero (movimiento social de trabajadores argentinos). Estos jóvenes hacen uso de esa identidad, la cual los dignifica y les brinda un lugar en lo político.

Ser piquetero, entonces, más que significar ser desempleado u “oportunista estatal”, es el efecto de luchas y capacidad de organizarse e incidir en una política territorializada. Este sujeto toma los lineamientos del gobierno, responde al modelamiento para el logro de sus objetivos, pero no pierde su capacidad de redefinirse a sí mismo. No obstante, es de advertir que los lineamientos institucionales o directrices políticas le ayudan a organizarse, y al igual que sus experiencias de crianza y costumbres, le brinda una voz más fuerte a su lucha (Bonvillani, 2012, p.197).

La vida del sujeto se mueve en medio de configuraciones sociales, familiares y políticas que continuamente intervienen en la construcción de sentido del sujeto. Claro está, algunas como el conflicto armado, la violencia de género y la discriminación pueden marcar de una manera más abrupta las formas en que se asume la realidad.

Tal como anota Bonvillani (2012), citando a Foucault, no son simple imposiciones del exterior hacia el sujeto, más bien se trata de una “causalidad necesaria o con determinaciones estructurales” (p.366) que intervienen en la experiencia del sujeto y en toda esa realidad objetivada que, a su vez, es una construcción misma del sujeto. Desde esas realidades compartidas, el sujeto y el objeto se modifican el uno al otro, por lo tanto, transforman su propio campo de experiencia (p.366).

Para Díaz et al. (2012) “el individuo busca constituirse y transformarse a sí mismo como el problema ético y político más importante. Esa transformación la desarrolla a través de una nueva subjetividad más consciente y más íntima, pero también más política, más humana” (p.58). Y aunque no necesariamente más positiva o negativa, ha posibilitado evidenciar las bondades de la construcción humana y, cómo a través de las conexiones con otros, sugerir cómo se expresa un sentir colectivo vindicativo.

Las subjetividades de tipo vindicativas nos han permitido evidenciar la consideración de las acciones de tipo colectivas como las de las Madres de la Plaza de Mayo, quienes asumieron su propia voz y se transformaron en sujetos políticos convirtiéndose en referentes de luchas sociales.

Otro ejemplo son las Madres de Soacha, un colectivo que reivindica la historia de los suyos, sus hijos, a partir de la memoria, siendo la acción de resistencia el no conformarse hasta el reconocimiento de una justicia social.

Estos movimientos ponen en el foco a la mujer, y su rol de madre politizada, en un papel importante en la construcción de nuevos escenarios, disputas y discursos sobre el respeto de la vida y la dignidad a partir de la unión. Lo significativo de este proceso vindicativo es que, en ambas asociaciones, la conciencia de sí, la subjetivación de la realidad de las mujeres, está referida a otro que ha actuado en concordancia con lo instituido como verdad moral. En este caso, la lucha se da de nuevo en el plano del antagonismo: el orden que ellas están denunciando es el orden institucional legítimo que ha atentado contra la vida de los suyos. Aunque no se podría entender como la configuración de la relación conflictual, pues la denuncia en contra del adversario es mediática, más no se da en la construcción de la política.

La experiencia toma gran relevancia en tanto de subjetivación se trata, ya que en ella el proceso de configuración del individuo transita intermitentemente entre los recuerdos, el olvido y la proyección de su humanidad. Y en esa misma lógica es tiempo y espacio. Vommaro (2012) señala que es en ese tiempo y espacio donde se expresan las formas de vida y se observa la experiencia del individuo. Es en la conjugación de estas en que el individuo deviene sujeto: "...los procesos de subjetivación están situados espacial y temporalmente –tienen una intensidad y una extensión y se realizan en el territorio–, y expresan una forma de vida por la cual el individuo deviene sujeto –se subjetiva–" (p.64).

Vommaro (2012) argumenta que el ser sujeto es ser, sentir, e incluso es cuerpo. Para él, el tiempo y espacio "están conformados por valores, percepciones, sentimientos, afectos, lenguajes, saberes, deseos, concepciones, prácticas y acciones que se inscriben en el cuerpo producido, vivido y experimentado de los sujetos" (p.68). El cuerpo producido expresa la experiencia, y si esta es "afirmativa", no porque sea buena en el sentido moral sino porque sea una experiencia significativa que afirma la política –las reglas de intercambio institucional–, el sujeto encuentra la manera de transformar su malestar ante un adversario que le legitima, activando la experiencia de lo político. Sin embargo, esta expresión también puede ser definida como un malestar que es plausible usar para la eliminación del otro.

Es el caso de quienes experimentan violación de derechos y discriminaciones: el proceso de lo político sugiere cohesión y, como un signo del proceso de subjetivación, la inclinación a la acción colectiva. Esto recrea en los cuerpos la imagen de los antagonismos humanos, que suscita el deseo de cambio de lo instituido. El cuerpo producido y experimentado, contenedor de

percepciones y reflexiones, de valores y creencias, de emociones y razón, logra en sí mismo expresar otros mundos posibles.

Y es que, en su eterno despliegue para la constitución de su existencia, emergen sujetos que desafían el poder, con lógicas propositivas ligadas a lo social y con la capacidad de negación (Díaz et al, 2012, p.57). Esta negación puede ser respuesta violenta, como en el caso de las formas de expresión de grupos armados o, incluso, en el establecimiento de normas que son excluyentes y/o represivas como las que se establecen en la persecución a la protesta.

No obstante, los estudios nos llevan a observar el cuerpo producido subjetivamente que se decanta por procesos de resistencias, pero también de autoafirmación. Es continua la referencia a esos ejemplos en la forma en la que se nombran en positivo; es decir, abanderarse como madres víctimas del conflicto y a partir de allí accionar en pro de un cambio y lograr así un reconocimiento social.

De esta manera, las subjetivaciones traen consigo un desplazamiento inacabado de contradicciones en las que conviven grandes dicotomías de la vida del sujeto, los determinismos y banalidades versus nuevas visiones, flexibilidad y rupturas sociales, tradición y nuevas costumbres, entre otras que generan disrupciones en la realidad del individuo. En este sentido, dirá Vommaro, “nos interesa resaltar que el proyecto que lleva adelante este movimiento está plagado de tensiones, discontinuidades, disputas, antagonismos y rupturas. Eso es justamente lo que constituye una de sus principales riquezas” (2012, p.73).

Lo que permite evidenciar el autor son los rasgos organizativos que dan lugar a los procesos de subjetivaciones, los cuales son conflictivos y contradictorios, tal como la misma interacción con los otros, que son potencialmente un nosotros.

Lo anterior demuestra que el sujeto busca alternativas, como la expresión de acciones propositivas que contribuyan a constituir escenarios nuevos en la política. Y aunque siempre existirá una posibilidad de una reforma, también está la opción de una continuidad desde una visión más propia, no impositiva y móvil, pues la construcción de:

Las subjetividades se producen en proceso, en movimiento y esto en varios sentidos (...), porque además de ser una relación consigo mismo, la subjetivación, en tanto acción y práctica, implica una interacción, el establecimiento de un vínculo con el otro. (Vommaro, 2012, p.64)

En este proceso en el que sujeto despliega su potencia en lo político se evidencia otra gran característica de la subjetividad afirmativa, y es la capacidad de agencia como un movimiento creador que “implica un vaciamiento de identidades consolidadas para abrirse al acontecimiento” (Piedrahita, 2012, p.42). O como lo expresaría Useche (2012), “son nuevas maneras de conectar y de establecer relaciones, de suscitar otros estados de cosas, de constituir otros enunciados y discursos” (p.18).

Los acontecimientos juegan un rol importante en los procesos de subjetivación: estos pueden afectar para bien o para mal el devenir sujeto. Sociedades violentas como la colombiana ha evidenciado cómo las violaciones, desapariciones, reencuentros y liberaciones juegan ese rol. Así lo señalan Alvarado, Patiño et al. (2012), para quienes las expresiones subjetivas de cambio asociadas a las vivencias que se quieren transformar pasan por la experiencia con situaciones de conflicto complejos. Según expresan, a propósito de la red juvenil:

Todos los integrantes de la organización han vivido en sectores donde el conflicto armado los ha tocado. (...) Lo que nosotros queremos llevar a la acción está ligado al contexto que nos rodea. Conocer la guerra que vivimos y querer transformarla, es un deseo de transformación política y no una idea de política tradicional. Ir construyendo lo que estamos pensando. (Alvarado et al, 2012, p.221)

Ahora, las configuraciones permiten cambios, alteraciones en el mundo normativo de cada sujeto. De ahí que autores como Vommaro (2012) lo referenciara de la siguiente forma: “en tanto acto de ruptura o fractura con lo instituido la subjetivación implica un movimiento, un desplazamiento, una fuga respecto a la normalización y homogeneización que objetiva el poder” (p.64). Y es que es lograr contar con la capacidad para interrumpir en lo aceptado y lo normalizado en la existencia de cada sujeto, generar quiebres o cuestionamientos. La subjetivación implica entonces una resistencia a la dominación “abrir una grieta, sustraerse, producir lo diverso, alterativo y alternativo” (Vommaro, 2012, p.68). En este sentido, Díaz et al. (2012) sugieren:

La subjetividad política en cuanto acción de reflexividad sobre lo político y la política rompe con los determinismos, abre opciones para la actuación social, permite la emergencia

de la novedad y con ello permite pensar que no hay sujetos sujetos a poderes absolutos ni en el tiempo finito del ser particular, ni en el tiempo infinito de la especie a la que pertenece, por lo que siempre la esperanza, las posibilidades, las líneas de fuga, las rupturas de la tradición, la institución emergente sobre lo instituido decantado son posibles. (p.54)

El individuo se puede permitir sustraerse conscientemente de lo común, naturalizado y homogeneizante, pero esto implica un proceso de conciencia y de reflexión sobre su realidad. Esos quiebres constituyen una dinámica territorial anormal, pues allí se da la entrada a la producción de enunciados nuevos, acciones y representaciones.

Como lo presentan los autores citados anteriormente, permite observar esa posibilidad que tiene el sujeto de anteponerse a lo instituido, de retractar su posición en el mundo, de una transformación inesperada o incluso convirtiéndose en un *self - righteousness*, el sujeto siempre tendrá una amplia posibilidad de modificación en medio de su devenir. Bonvillan (2012), citando a Ranciere, lo reafirma de la siguiente manera “toda subjetivación es una desidentificación, el arrancamiento a la naturalidad de un lugar, la apertura de un espacio de sujeto donde cualquiera puede contarse porque es el espacio de una cuenta de los incontados” (p.194).

Un acto de subjetivación no solo deja al descubierto las variaciones que se pueden dar en el individuo, sino también cómo esta requiere de la emergencia, voluntad y razón del sujeto para producir y aportar en esas nuevas visiones que resignifican lo simbólico, el poder y lo social.

Y si bien la subjetivación es necesaria para presentar una nueva forma de avanzar en la existencia del sujeto, se hace necesario el deseo del individuo por continuar aportando en la creación de nuevos significados para todo su entorno, que le permitan sustraerse de un único orden policial. En el caso de la política, esto logra permitir la verdadera apropiación de los espacios de exclusión. Dicho de otro modo, de esos lugares y momentos reconocidos que posibilitan el debate y la toma de decisión de lo público.

En conclusión, la subjetivación sugiere cambio o reafirmación, puesto que su perspectiva no es la homogeneización ni la adopción ineludible de la normativa existente. De esta manera, se trata de un ejercicio de autoconocimiento y conciencia, ya que es ahí donde se evidencia la esencia del cambio asociado a la intimidad de su ser: bajo la premisa de intimidad y autoconciencia se forja la subjetividad.

En otras palabras, el devenir sujeto reflexivo, mutante, de acción, alternativo, consciente de su territorio y momento histórico, produce el sentido de sí, para sí y para el mundo (Vommaro, 2012, p.69 Paredes, 2012, p.126; y Martínez, 2012, p.78;). Pero eso también implica un entramado de contradicciones y, no es un proceso simple, pues no se puede olvidar que muchas de las presiones que carga el sujeto son también producto de ellos mismos y sus iguales. Al final, nunca muere la eterna contradicción entre lo que fue, lo que se es y lo que se puede ser.

1.2 El devenir sujeto político: potencia, creación, acción o tal vez destrucción

El mundo político es un entramado de complejidades que ha llevado a los sujetos a librar miles de batallas. Obtener un lugar de valor en lo político ha sido una de las razones de existencia de la humanidad, pues es allí donde se ha definido buena parte del sentido de su vida. En ella se evidencia lo dificultoso, innoble o incluso lo encantador que es vivir.

La política es el espacio de lo institucional donde se habla de justicia, pero también refleja lo más vano del ser humano. De ahí que esta resulte ser el escenario por excelencia de la construcción de diversos mundos en los cuales el individuo reflexiona y produce grandes contradicciones de la realidad, pues se encuentran acompañadas de sus experiencias, relación con los otros, contexto, cultura, momento histórico, génesis, formas de racionalizar, su sentir y su imaginario.

De los estudios analizados se puede sugerir que sobre la subjetividad hay una propensión a relevar el sujeto como potencia. Según Díaz et al. (2012); Martínez (2012) y Vommaro (2012), el sujeto se encuentra en constantes procesos de transformación, en los cuales su experiencia toma un lugar relevante para su configuración, ya que dicha capacidad le permite producir interpretaciones propias que, en últimas, resultan siendo la entrada o facilitadora del sujeto para verse como un agente de construcción, aportante, crítico.

Para Herrera et al. (2012), la memoria es ese referente potenciador, ya que, en su proceso cíclico, es generadora de sentido y sugiere las bases para la acción y la toma de decisiones. En esta fase el sujeto construye esa realidad que logra darle un lugar y le permite devenir en sujeto político. La memoria como configuradora de experiencia es una de las bases de la producción de la identidad y subjetividad. Y aunque para los autores no implica la formación de una única visión, esta “actúa como sustrato para la elaboración de referentes simbólicos, de significados y trayectorias de las

prácticas de los sujetos desde donde se consolidan, fracturan, transforman referentes identitarios y procesos de subjetivación” (Herrera et al, 2012, p.158).

Así, puede concluirse que los procesos de memoria se constituyen en un motor que moviliza el proceso de subjetivación, que es todo aquello que los actores sociales adoptan como propio y se vuelve “tecnologías, saberes, discursos y significaciones que coadyuvan a formar matrices simbólicas en torno a lo ético-político” (Herrera et al, 2012, p.159). Los autores mencionados consideran, desde una perspectiva psicológica, que la experiencia de la memoria puede derivar en al menos dos vivencias del sujeto.

La primera, una esquizofrenia en tanto confronta al sujeto ante autoridades antagónicas como el ejército y los grupos armados en los territorios; aunque, sin ahondar en lo que esto simboliza: ¿podría representar una subjetividad esquizofrénica, pero que patologiza las respuestas contrarias al orden instituido, más allá de ahondar en el sentido de la resistencia o contrariedad con estos? Pensemos, por ejemplo, en los lugares donde la comunidad se ha resistido a la intervención del ejército y/o la policía. Para la segunda, que se refiere al individuo como potencia, los autores proponen la acción institucional, luego de resaltar este atributo en la experiencia de ese sujeto.

En ambos casos, los autores se refieren a la producción de la subjetividad política en contextos de violencia en los que el sujeto como potencia es lo que más relevancia tiene. Según señalan, “requiere trabajar en torno a la potenciación de comunidades de la memoria que posibiliten la reafirmación de la dignidad de las víctimas, la restitución de derechos, la historización de los acontecimientos, unos modos de comprender lo humano y las formas del tejido social, así como el lugar que cada sujeto tiene dentro de él” (Herrera et al, 2012, P.160).

En ese contexto, y con razón, los autores guían a los lectores a constituir desarrollos que posibiliten “agenciar procesos de formación ético-política situados en condiciones y expresiones de violencia política”. No obstante, los otros productos de subjetivación que pueden ser destructivos no son analizados. Entonces, ¿qué sucede con aquellos que viviendo la misma experiencia toman las armas como respuesta? ¿Dejan de ser sujetos?

En la reflexión más íntima del ser humano, su subjetividad se enfrenta a la posibilidad de crear y recrearse a sí mismo. Como lo expresa Martínez (2012), “es un modo de hacer en el mundo un modo de hacerse con el mundo, un modo de hacerse en el mundo” (p.92). La subjetividad no es dada, la relación con los otros, con lo otro, va forjando su existencia por cuanto son procesos que aducen a la afirmación o transformación del momento histórico del acontecer.

Los autores desde ese planteamiento se refieren a los sujetos como “agentes históricamente constituidos en cuanto a lo que decimos, hacemos y pensamos” (Martínez, 2012, p.92). Y es que, todo cuanto conoce, experimenta o vive el sujeto es un proceso histórico móvil e interactivo que permite comprender “cómo llegamos a ser lo que hoy somos”, debido al “cambio, intercambio, ser, devenir” (Martínez, 2012 p.92).

Algunos autores como Paredes (2012); Piedrahita (2012); González (2008) y Díaz (2012) coinciden en evidenciar el devenir subjetivo como un proceso, una transformación. Por ello, no puede ser de carácter estático ni universalista, debido a su lógica de constantes movimientos que configuran al sujeto en momentos históricos particulares. En palabras de Piedrahita, “el devenir subjetivo no está circunscrito a formas universalistas y esencialistas, ya que estas comprensiones son simplemente propuestas de una forma de pensar que enfatiza en la razón y en lo categorial” (2012 p.33).

La perpetuidad de su dinámica inacabada resulta ser una permanente y enmarañada espiral de tiempo. Es el cambiar y ser igual, pero también es devolverse, retornar en el mismo instante; un tránsito constante que define el ser. Este es el sentido del devenir sujeto que no es único, no transita solo hacia el horizonte, no es algo predeterminado y lineal. Tal como lo señala Useche, “pertenece a la esencia del devenir avanzar, o retroceder y, por qué no, avanzar y retroceder simultáneamente” (2012 p.104).

En este caso en particular, para el autor se trata de las perspectivas epistémicas que ponen al sujeto en correspondencia al tiempo vivido y en oposición a las subjetividades hegemónicas. Según observa, “el tiempo cronológico, por ejemplo, está impregnado por una producción semiótica, económica, política y cultural dominante. Son otros los tiempos de las comunidades indígenas, del mundo campesino, del arte o del universo espiritual” (Useche, 2012, p.104).

En esta interpretación, al parecer, esas costumbres de idas y venidas configuran una “enunciación distópica” más allá de las vivencias aceptadas. Esto puede ayudar a comprender cómo desde las experiencias de los actores se rompe con las dinámicas de la permanencia, produciendo subjetividades más allá del establecimiento. No obstante, en este estudio se da prevalencia a las culturas diversas como expresión del sujeto, en tanto son cualidad y representación de los otros mundos de vida; aunque no instituidos, que no logran ingresar a la esfera de lo político por más constitutiva que sea la expresión colectiva.

Los autores coinciden en un devenir sujeto neutral; es decir, no nombran si las expresiones se orientan a la acción política “afirmativa” o “no afirmativa”, aunque se observa que priorizan lo asertivo de la acción. Un ejemplo de ello es el caso de Piedrahita, quien menciona que el proceso subjetivo “rompe las líneas duras de la identidad” (2011 p.41). Y en la conjugación entre territorio, acontecimiento y acción, define el agenciamiento colectivo.

Este autor se centra en el devenir sujetos de los jóvenes de instituciones educativas del sector público de Bogotá. Allí, a partir de las prácticas pedagógicas, se reflexiona sobre la capacidad de agencia y la formación política en los jóvenes, que termina por definir la movilización social como producto reivindicativo, el cual está asociado a descubrir la capacidad de producir sus luchas políticas. Como considera Piedrahita, a la construcción de la definición de la política que es la que los habilita a participar.

En la misma línea, Bonvillani sugiere que el despliegue incesante de la subjetividad política, como configuración de distintas dimensiones de ese modo de ser y estar en el mundo, constituye un “movimiento de subjetivación política que representa asumirse militante, pensando, actuando en la arena política” (2012 p.201). En este caso, el autor presenta a los jóvenes piqueteros de Argentina, y señala que, al ser partícipes de su movimiento social, logran descubrir el valor de su experiencia y lo indispensable que es para su vida tomar un lugar en la política y resignificar su participación en ella. El nombrarse y sentirse capaz de hacer, crear y desdibujarse del lugar que le otorgaron y que le imposibilitaba, dignifica al individuo y le permite afirmarse como sujeto colectivo y con derechos.

Dichas formas de afirmarse también han sido observadas en el caso de las instituciones educativas (Bonvillani, 2012). Según se expone, el devenir sujeto de los maestros y maestras, quienes a partir de sus experiencias y reglas institucionales se basan para enseñar a la vez que crean y recrean su subjetividad, son un factor importante en cómo se aporta a la creación de las subjetividades juveniles. Con la investigación se buscó identificar si las prácticas emergentes son creadoras de criterios y si facilitan que los jóvenes avancen en su mundo político y colectivo. Sin embargo, la forma en que asumen la política no es objeto de la investigación, aspecto que podría reflejar lo que se desencadena en estos entramados.

Tener espacios constantes de creación donde las subjetividades puedan fluir al igual que los discursos, prácticas, uniones y las diferentes formas de pensar, son indispensables en la vida del hombre, porque la construcción del sujeto no se da una sola vez: es un proceso inacabado dada la

naturaleza de cambio presente en el desarrollo de este. Tal vez, la interpretación de cómo lo asume cada sujeto podría develar otros aspectos inexplorados, siempre y cuando no solo observemos la potencia creativa hacia el bien, sino también lo que no está bien en la acción.

El devenir, entonces, está ligado a la capacidad de crear colectiva e individualmente. Esto implica estar en movimiento, construyendo experiencias que rompan con lo inquebrantable, tejiendo relaciones y produciendo un sujeto con conexiones entre su memoria, su esencia, su entorno y el acontecimiento. Precisamente, este último es el insumo para arriesgarse al encuentro con el otro; sin guiones y con el ideal de construir una fuerza persistente que permita nuevas formas de política a la que nos han mostrado, que en la práctica están lejos de ser el impoluto ideal.

Pero Useche (2012) presenta una pequeña declinación: el devenir sujeto no es necesariamente potencia. Para él más bien es un dilema, que también está ligado a subjetividades conservadoras que se han centrado en la expresión de un grupo cultural particular. Por esto, sugiere que la expansión del sujeto se debe a las subjetividades múltiples que se definen en el acontecimiento como trayecto, como transcurrir de la actividad, así como la experiencia humana que se resiste al devenir intensivo de la fuerza, que es la producción creativa.

El autor considera que en estas subjetividades conservadoras prima el miedo que representa lo no creativo, aunque cree que aún quedan muchas otras subjetividades no adscritas a la potencia que podrían desencadenar en lo que estamos llamando el mal. Y esta puede ser una pista, un punto de partida.

De tal manera, en el caso de Useche (2012) el devenir sujeto representa la oportunidad para la producción de identidades colectivas, o las expresiones colectivas, como es el caso de las resistencias en América Latina. Estas fuerzas contestatarias, entendidas como acontecimiento creativo, son acciones que “desbloquean los flujos de los que está hecho el conflicto y promueven puntos de encuentro creativos de los hombres y mujeres que se sitúan en lógicas emancipatorias” (2012 p.95). Lo anterior, como actos de liberación de las identidades, que más que condensadas en los movimientos sociales y de resistencia clásicos halla la potencia en resistencias múltiples, en la subalternidad, en manifestaciones que resultan ajenas e irrelevantes para el sistema, para las estructuras.

De cualquier forma, los autores coinciden en que la potencia creativa colectiva trasciende las relaciones humanas hegemónicas, ¿pero son estas trascendencias solo positivas?

Para Useche es acontecimiento la cadena de protestas estudiantiles “Mayo del 68” en París. También lo es la emergencia del movimiento Zapatista en México, o el 15 M en España. Según él, “el acontecimiento es algo que excede límites, que desborda lo establecido, lo convencional, y que proyecta un esplendor cuya capacidad de afectación no tiene antecedentes” (Useche, 2012, p. 106).

Los mencionados hechos, en su momento, desafiaron las normas y los signos de la política. Sin embargo, los desafíos a los signos del tiempo pueden desencadenar “sentimientos de dolor y angustia por un pasado reciente en el que no se les ha reconocido en estas capacidades”. Por tanto, la experiencia del proceso de subjetivación no es meramente racional: la potencial ruptura de las identidades constitutivas pueden ser procesos que, además de una disputa objetivada, tienen implicaciones emocionales.

Estas expresiones emocionales se pueden observar con Díaz (2012), quien presenta la historia de una joven y su proceso de subjetivación. Una investigación que tenía como centro la selección intencional de una vida ejemplarizante. Aquí, él analiza cómo interviene la educación para incorporar la cultura que encadena y que lleva al individuo a naturalizar su vida sin una verdadera apreciación de su metamorfosis. En este caso, para Díaz la producción de la subjetividad no es necesariamente consciente, por tanto, se podría pensar que la elección sobre el ser y el actuar tampoco.

Entonces, el devenir sujeto joven que rompe con las expresiones identitarias o, dicho por Díaz, la producción de líneas de fuga, resultan experimentar estigmatizaciones y señalamientos que producen dolor y exclusión. Estos son infringidos por sujetos que asumen, desde sus cuerpos subjetivados y normados, que tienen el permiso para señalar. Por lo tanto, lo que interesa es la subjetividad conservadora y la defensa de lo instituido. Y, en nombre de este último, el señalamiento independiente del sufrimiento que esto pueda producir.

Los permisos de los cuerpos normalizados, para señalar los cuerpos en resistencia o los que promueven la ruptura de la identidad, no es más que la expresión de la banalidad del mal. En este sentido, los referentes culturales, que al parecer son los mismos, pueden desencadenar subjetividades que se sienten autorizadas para señalar. Un aspecto sobre el que no se ha profundizado, pues estas subjetividades del mal, tal vez, usan los mecanismos colectivos para ejercer presión contra el otro que es diferente. Esto, entonces, puede ser potencia para revelarse y producir formas de estar en el mundo que transforma y empodera, pero también para las acciones que resultan intransigibles y destructibles.

Ahora bien, dentro de cada sujeto el sentir y la razón modifican y producen diversidad de alteraciones en sus conductas, teniendo un gran impacto en los escenarios públicos y privados en los que se desarrolla la vida. Aunque esto resulte lógico y evidente para algunos, no implica que así lo sea; por ello hay académicos que han enfocado su vida a realizar estudios detallados sobre la razón, el sentir humano y los colectivos. De ese modo es que han podido acercarse a la realidad del sujeto, trayendo reflexiones de gran valor sobre su desarrollo y su entorno.

Pero, aunque las anteriores apreciaciones o resultados han sido decisivos en el momento de entender el lugar político que adquiere el sujeto, también han abierto la puerta a diversidad de preguntas como, ¿qué se hace en la cultura para integrar lo que resulta diferente? Lo que no se integra, ¿a dónde va? ¿Cómo lo observamos? ¿Qué lugar ocupa? ¿Cómo se evita llegar a una coyuntura apremiante para el sujeto?

Vommaro (2012) reflexiona sobre cómo las estructuras del sentir configuran procesos de transformación y emergencias constantemente, pues al ser inacabadas y activas están en conflictos con percepciones, normas, prácticas, saberes y acciones, que a su vez son inseparables y configuran la experiencia del individuo. De allí que no sea posible definir que haya una sola perspectiva en él sujeto.

En el caso de Martínez y Cubides (2012), “estudiar la subjetividad es también una posibilidad de contribuir a romper las barreras de sujeción instaladas en el sujeto que coartan la capacidad de producir emociones, pasiones, decisiones y arriesgo para enfrentar nuevas acciones” (p.177). Y si bien esto no dice en su totalidad en qué podrían desencadenar estas manifestaciones humanas, para los autores resultan de importancia en los procesos de deconstrucción del sujeto, de su experiencia y su forma de acercarse a la política.

También relacionan el hacer e interpretar de jóvenes participantes que integran colectivos feministas y LGBT, donde a partir de su subjetividad y sus experiencias, relatan el carrusel de emociones, odiseas y cambios que se viven como colectivos e individuos al tomar un lugar en la esfera pública.

Gómez (2012) manifiesta que “no es gratuito ni moda entonces que los principales teóricos actuales de la democracia y la política consideren el miedo, la incertidumbre, el escepticismo, el deseo y las emociones como los principales factores en los procesos de subjetivación política” (p.134). El sujeto vive en una metamorfosis continua donde todo lo que le constituye le puede afectar sin discriminación alguna, puesto que, al ser razón, sentir, experiencia y norma, da a

entender que es un compuesto y por eso mismo no está en la capacidad de dividirse. Es decir, abandonar su experiencia y con ella su continua construcción subjetiva, su sentir y su razón, ya que todo hace parte del proceso de devenir sujeto.

La subjetividad “está compuesta por al menos cuatro dimensiones: el habitus, la corporalidad, las emociones y las relaciones sociales” (Cabrera 2010, p. 3 como se citó en Vommaron, 2012, p.66). Para Vommaron, las emociones son parte de la esencia del individuo y por ende resultan ser indivisibles: siempre harán parte del sujeto, este nunca podrá renunciar a ellas, aunque sí modificarlas, pues son una perspectiva con la cual el sujeto interactúa, se desarrolla en lo público, lee la realidad, crea lazos con sus pares, toma decisiones y se refleja en el mundo.

Martínez (2012), Martínez y Cubides (2012), coinciden en que la subjetividad posibilita el reconocimiento de las emociones y pasiones del hombre, y en su medida, el rompimiento de las barreras culturales e institucionales que coartan el sentir. Esa parte está tan presente en el ser humano, porque la tristeza, el amor, el miedo y el odio son parte de la esencia del sujeto.

Bonavillani, refiriéndose a los jóvenes piqueteros, apunta que ese devenir sujeto está atravesado por sentimientos de dolor y angustia, pues para los jóvenes la construcción colectiva implicó estigmatización, desprecio, dolor y frustración, que posteriormente contrasta con el sentimiento del disfrute “que les despierta descubrir esa potencia creadora” (Bonvillani, 2012, p.201). En este caso, la potencia está en la construcción colectiva, en el movimiento social de los piqueteros.

La interpretación de cada ser humano frente a su mundo se encuentra trazada por su historia: la pasada, presente y futura, en donde no se da distinción alguna a lo conseguido en estos procesos. Esto significa que cada una de las construcciones que se logran en esos momentos permiten al individuo constituirse como un sujeto de experiencia. La misma que lo hace único y que se desencadena, al tiempo, en decisión y acción legitimada.

Pero estas experiencias pueden ser tan constructivas como destructivas, pues derivan de procesos de sujeción y subjetivación. Razón, sentir o experiencia, todas son legítimas en el momento en el que el ser humano determina su actuación. La subjetividad es su ser, su esencia y lo que verdaderamente diferencia a los sujetos.

1.3 La sujeción como codificación y tipificación de las formas de ser y hacer del sujeto

El sujeto es una producción social con identidades impredecibles que convive con grandes contradicciones entre libertad y sujeción. Su entorno es su mayor estructurador, ya que es este el que lo modela a partir de lo socialmente aceptable. Y allí donde las leyes y normas sugieren intereses, condicionan sentires y acciones, puede ser lo que despierte en el individuo potencias, voluntad, solidaridad, también rabias y egoísmos. Se puede asumir, entonces, que el sujeto tiene doble expresión en su ser, que va desde lo que introyecta de la norma por sujeción y sus resistencias/agenciamientos productores de sentidos.

La sujeción es una expresión del tiempo-espacio que se instala en la vida del hombre, por lo que las instituciones son claves. De acuerdo con Martínez y Cubides (2012), esto se puede observar en las experiencias de maestros y estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia, toda vez que van a representar cómo la escuela, un dispositivo de disciplinamiento, produce cuerpos socialmente aceptados y productivos, reflejo de unas historias que los sujetos entrelazan a la vez que generan grandes paradojas.

Y es que la escuela, a decir de Martínez (2012), es una de esas instituciones masivas de sujeción del cuerpo, generadora de las paradojas, como también lo es la fábrica y el hospital, ya que “le otorgan una individualidad a cada quien en el marco de las disciplinas (a cada quien su número, su ubicación, su verdad, su enfermedad, su locura), y tal individualización no es el surgimiento de una especificidad vital (un ser único e irrepetible, al decir de algunos discursos humanistas) (p.81).

Para Martínez (2012), lo íntimo se constituye en un elemento central de estos entrelazamientos. En este caso se refiere a las voces internas que se mueven entre la razón y el sentir. Según señala, “el hombre no es animal porque exprese sus emociones de forma directa, inmediata o brutal ni tampoco porque los encauce por canales previamente establecidos” (p.84). El hombre, más bien, siente sus emociones, se escucha a sí mismo y se re-crea. A criterio del autor, esta es la eterna pelea íntima del sujeto, a propósito de las tecnologías del “yo”, que tal como lo expresa, siguiendo a Foucault, es la productora de los elementos biopolíticos de control que los sujetos pueden llegar a creer como propias.

Cada sujeto tiene un mundo en su interior que lo caracteriza frente a otros. Todos están en igual facultad de interpretar y escuchar sus voces, y es allí donde se da la posibilidad de cuestionar

verdaderamente qué apreciaciones son impuestas, cuáles son construidas y cuáles naturalizadas como propias, pero que están cargadas por parámetros sociales.

La sujeción no es ni la cognición ni mucho menos las emociones del sujeto. Esta tiene que ver más con las formas de modelación de la subjetividad, a partir de diseños externos que ponen en evidencia las producciones de poder y de los saberes que controlan, codifican y jerarquizan socialmente. La naturalización y la institucionalización de los hábitos, el condicionamiento de la voluntad y la generación de docilidad en los sujetos, pasa por complejos entramados tanto en la creación y negociación del orden social como de la diversidad en los individuos.

Desde la óptica de Martínez (2012), la sujeción va en la línea de la institucionalización de los hábitos, donde lo político, cultural, religioso e institucional, producen directrices que modelan los cuerpos, el comportamiento y hasta el sentir del sujeto. Este concepto que agrupa las formas en la que se genera el control y la disciplina puede afectar para bien o para mal, y condicionar al individuo en tanto ser de conciencia, voluntad y libertad. Las formas de construir el mundo desde estos condicionamientos Martínez (2012) las ha definido como tipificaciones:

Quando las tipificaciones son compartidas por otros hablamos de una institucionalización de los hábitos, lo cual implica hablar de historicidad, autoridad y control, la historia compartida de la cual no nos podemos desprender, porque, tanto la sociedad, como los individuos, son productos de la historia. Las instituciones sociales “controlan el comportamiento humano estableciendo pautas definidas” (Berger & Luckmann, 1978), convirtiéndose en sistemas de control social existentes en toda sociedad. (p.78)

Es un proceso que va desde homogeneizar hasta tener el control y el poder. Esto se da a través de diversas estrategias de dominio que definen, mediante el tiempo, sujetos dóciles que producen y obedecen. Ejemplo de ello se da desde lo económico, en donde en el sujeto, en una mercancía disciplinada, la fuerza de producción es la que tiene valor. Y mientras más se acopla al sistema hegemónico que establece maneras de control, incluso, se podría hablar de domesticación que se extiende a otros ámbitos de la vida del sujeto. En este sentido, la producción del cuerpo desde esta perspectiva dará forma a tres órdenes diferentes del sujeto, que dice Martínez (2012) que están interconectadas:

Por un lado, se produce un sujeto de conocimiento (el cuerpo como objeto de saber), por otro, un sujeto moral (el cuerpo que obedece desde el diseño de una “voluntad” de obediencia) y, finalmente, un sujeto político (cuando se considera al cuerpo en su potencia y su resistencia). La disciplina produce un sujeto al ocuparse del cuerpo en estos tres ámbitos. (p.80)

Este disciplinamiento que produce sujetos se irá en la vía de lo planteado por Martínez & Cubides (2012), quienes consideran que en “la idea de un contrato social, racional y voluntario, es posible ocultar los procesos de sujeción que implican un poder disciplinario”. E irán un poco más lejos, ya que sostienen que estos cuerpos producidos, disciplinados, fabrican sujetos que interiorizan “las normas, las órdenes y los valores sin necesidad de coerción y sin posibilidad de transgredirlas” (p.170). Es el sujeto ideal de la sociedad.

La aplicación de ejercicios de poder sobre el cuerpo, desde saberes y prácticas, constituye una “anatomy-política”, demostrando que esas dinámicas de control y alteración similares no se dan de la nada. Todo esto es un proyecto que se crea para que los sujetos interioricen y construyan a partir de diseños externos su forma de estar en el mundo. Por eso, quienes ostentan el poder sobre la estructura y la legitimidad, acorde a su periodo y contexto, desarrollan herramientas que lo permitan. Entre esas técnicas están los discursos y las formas en que se comunican, y a partir de estas se direcciona y se logra la acción de los individuos.

La sujeción es una condición presente en la realidad del sujeto, pero esta no siempre es la misma ni se da igual en todos los contextos. La capacidad que tiene para cambiar ha generado que el sujeto acepte las normativas que las estructuras del poder les han vendido. En otras palabras, es una falsa conciencia donde le han prestado su libertad e incluso le han dado la solidaridad como fortalecimiento de la sociedad civil.

Estas estrategias resultan ser unas de las herramientas discrecionales del control social más eficientes y deslegitimadoras de la voluntad social. Esto, puesto que la relación que se establece entre el Estado y la sociedad civil es básicamente paradójica: las políticas desarrolladas por el Estado para fortalecer la participación de la ciudadanía en la esfera pública en realidad permiten la negación de la propia ciudadanía como la fuente de legitimidad del sistema democrático (Sandoval, 2002, p.173). La misma estructura que esta plantea logra encasillar e instituir lo que se considera como correcto en la acción política.

Con Paredes se podría concluir que este disciplinamiento del sujeto y su cuerpo parte de controlar su ética, moral y saber. De ahí que “coopta la misma sensibilidad humana en toda su extensión y dimensiones” (2012, p. 115). Esto lo dice a propósito de la sociedad de la información y dinámica de cambio constantes, que no deja de ser el proyecto de sujeto que responde a lo que la sociedad requiere. En esa situación, el sistema de producción capitalista sigue marcando el rumbo de los modos de constitución de las subjetividades.

Cuando los sistemas de disciplinamiento se introyectan, como se ha visto a propósito de la subjetividad, no es posible eludir que el sujeto también deviene sujeto del mal. Más que una individualidad contradictoria con los modelamientos de las instituciones, las subjetividades también se expresan contrarias al bien común.

No es de extrañar que Arendt se haya interesado por estas expresiones individuales hasta llevarnos a la definición de banalidad del mal, donde podemos ver cómo las tecnologías del yo, el disciplinamiento institucional y el control del cuerpo, no son más que expresiones políticas de lo ético y moralmente superior, las cuales a su vez se ajustan a las decisiones no irracionales sino “indiscutibles” a favor de las mayorías que justifican la eliminación del otro. Las marcas en los cuerpos modelados, las paradojas de las que habla Martínez (2012), no son más que una subjetivación de los valores que representan las instituciones normalizadas.

Un ejemplo es el caso del holocausto. Según el análisis de Arendt (1999), luego del juicio del líder Nazi Eichmann, “no era misión del soldado ser juez de su comandante supremo...” (Palabras del general Alfred Jodl), “no fue una orden sino una ley lo que les había convertido a todos en criminales” (p.91).

Entre tanto, para Gómez (2013) estas determinaciones institucionales entrarán en juego con las emociones produciendo sujetos capaces de acción en defensa de sus convicciones. Para el autor, “[el] vacío existencial y la necesidad de aceptación y membresía de tantos seres anónimos y ambiciosos los lleva a asumirse como subjetividades políticas, como única vía de ascenso social, en donde todo vale para llegar a la cima...” (p.58).

Esta es la manifestación más radical de esas subjetividades, pero en lo cotidiano se podrían observar las subjetividades militarizadas. Alvarado, Patiño et al.(2012) lo expresan de mejor manera al indicar que se trata de una forma de militarismo, no necesariamente referente a las armas sino a la violencia que se da en el relacionamiento cotidiano de los sujetos que implican “disciplinamiento y homogenización del ser y el hacer; sometimiento y manipulación de las

voluntades hacia la no crítica; control totalitario de las acciones a favor de intereses particulares... creadas para mantener un estado de cosas que beneficia a unos sujetos y excluye a otros” (Patiño & Ospina, 2012,p.218).

El sujeto tiene en su vida esta constante, pues lo instituido suele tener un gran peso. Desde sus inicios, el hombre tiene instituciones primarias que le dan directrices; su existencia se encuentra con diversas técnicas de dominación que nunca le abandonarán, ya que a través del tiempo se han creado diversos mecanismos de control. Tanto así que los mismos sujetos naturalizan el dominio de la voluntad y crean ellos mismos las dinámicas de sujeción. Hay mecanismos de dominaciones que logran interiorizar tanto en el sujeto, que no les importa pasar por estados de culpa, de banalización, de conciencia, para cumplir con la visión de quien ostenta el poder en determinado momento.

Con Gómez (2013), entre las múltiples producciones de la subjetividad, se abre la perspectiva de pensar en las “subjetividades del mal”. Tal como lo expresa en su texto *El mal y la subjetivación política*, el devenir sujeto del mal no es más que la expresión de la humanidad. En la política, entonces, abre el campo para explorar cómo es que la humanidad deviene sujeto a partir de subjetivar el mal como potencia y como acción.

El sujeto subjetiva su realidad y su realidad es producto de prácticas de sujeción donde “vive entre la dualidad de lo que le ata y de lo que le libera” (Martínez, 2012, p.92). Y aunque el sujeto pertenece o es producto en mayor medida de su historia, experiencia, cultura, y cuenta con la capacidad de constituirse a partir de sus reflexiones, deseos y de lo que cree y no, la fuerza de lo instituido puede ser superior. Esto, hasta garantizar la constante transformación de las técnicas de sujeción que respondan a los cambios frecuentes de los sujetos que constantemente se moldean, mientras hacen lo propio con su entorno.

Esa es la potencia de la democracia agonística que plantea Mouffe, pues el malestar constante hace que el ciclo antagónico del conflicto político cree y recree, una y otra vez, las expectativas que las subjetividades colectivas recrean para redefinir la política.

En concreto, las comunidades crean la necesidad de generar instrumentos de control. Toda la historia del hombre ha estado marcada por instituciones, normas y formas de sujeciones; sin embargo, esto no ha generado que el mundo sea mejor. Es más, lo aceptado no siempre lleva a lo correcto, ni significa que se va por el mejor camino. Tampoco supone que estas invenciones produzcan un sujeto dócil y con una única forma de responder a su existencia.

Los sujetos siempre están en la búsqueda de un equilibrio entre su experiencia y lo nuevo por aprender, entre lo que quieren y sus obligaciones; pero eso no ha implicado que vivan en armonía y con una eterna determinación, puesto que entre subjetivación y sujeción existe la posibilidad de alcanzar la libertad de acción y decisión, de resistir y/o cuestionar su existencia o destruir lo otro y los otros. Claro está, el contexto, la experiencia y la relación con sus similares, son necesarias e infaltables para el devenir sujeto en su mundo político.

Finalmente, por estas múltiples posibilidades es importante captar estas otras narrativas del devenir sujeto político y hallar los factores que intervienen en la subjetivación del mal. Tal vez, como señala Gómez (2014), “narrar el mal permite al sujeto lector o espectador no solo realizar juicios acerca de lo que sucedió y, en consecuencia, realizar acciones de autotransformación que, para bien o mal, los convierte en actores, sino que la deliberación en el espacio público abre dichas narrativas a nuevas interpretaciones y a diversos sentidos que pueden llevar, eventualmente, al perdón y a la restitución de la dignidad de la víctima”. (p.62)

2 Conclusiones

La literatura académica da muestra de cómo la subjetivación es un proceso en el que está relacionada la conciencia y la experiencia del sujeto. El individuo en su proceso de devenir sujeto reflexiona sobre su entorno, sobre las instituciones que inciden, como familia, normas, escuela, trabajo, entre otros. Sin embargo, su capacidad cambiante y los mecanismos de sujeción que le modelan pueden llevarle a otras visiones.

Observamos que el sujeto es una construcción histórica y tiene la posibilidad de transformarse en la experiencia con otros y con lo otro: las instituciones, creencias, costumbres. Si bien los estudios referenciados coinciden en presentar al sujeto a partir de sus búsquedas, entre ellas de la libertad y la emancipación, los factores asociados al análisis van en la vía de identificar la potencia creadora asociada a la acción colectiva de la subjetividad.

Se observa entonces que la constante de los análisis sobre subjetividad, subjetivación y sujeción, han estado orientadas a la potencia afirmativa. Los autores estudiados, en su mayoría, contemplan la acción colectiva, la agencia, lo común, como la expresión del sujeto que resiste, que cuestiona y que reflexiona. En este sentido, es preciso señalar que la tendencia académica ha sido contextualizar el devenir sujeto como el valor de la subjetividad “afirmativa”. Y esto es de suma

importancia para comprender la historia y dar esperanza sobre la unión y las posibilidades del sujeto para reflexionar y encarar nuevas formas de estar en el mundo.

Hemos propuesto entender que el mal también puede ser subjetivado. Para este caso, identificamos el mal más allá de la concepción moral asociada a las creencias y valores, y apostamos por la concepción de la banalidad del mal, toda vez que es por su banalización que parece imperceptible. Por el hecho de banalizar y minimizar comportamientos y palabras, los sujetos pueden actuar en contra de otros y de lo otro, incluso de las instituciones y normas que rigen la convivencia.

Pese a que es poco común hallar estudios que observen el devenir sujeto desde otras visiones no tan potentes y armoniosas, y que ejemplifican un sujeto que en su experiencia-acción antagónica produzca destrucción de sí y para sí, podemos decir que la resistencia no solo se observa en la lógica de las acciones colectivas creativas.

De este trabajo podemos concluir que hay un campo interesante para la exploración: este es un punto de partida en el que hechos violentos como las creaciones de guerrillas, paramilitares, o acciones como la corrupción o la violencia de género –aunque puedan ser reprochables–, comprueban que en el entorno y la historia suceden, y alteran la realidad del sujeto.

De este estudio, entonces, se considera importante conocer la realidad del sujeto y sus posibilidades de decantarse por un mundo oscuro, pues también son necesarias. No se desconoce la importancia de ubicar en la potencia del sujeto la capacidad de crear otros mundos posibles otras políticas que, por su condición agonística, siempre estará en definición. No obstante, las multiplicidades de ser sujeto, de sus procesos de subjetivación permite comprender que no existe una sola forma de reaccionar y de autodefinirse. El hombre convive con diversos ‘yo’, y uno de ellos contiene sombras que pueden tocar e invadir toda su esencia.

De este análisis nos quedan más preguntas que respuestas que podrían ser puntos de partida para el análisis en ciencias políticas, entre estas proponemos: ¿Analizar la subjetividad del mal permitirá identificar cómo es posible la presencia de actos como la corrupción, el cinismo y el totalitarismo en las formas de expresión política? ¿La violencia manifiesta en la construcción del orden político puede ser explicada desde la perspectiva de la subjetivación del mal? ¿Es el mal parte de la política o es el sujeto quién introduce el mal al campo de la política y de lo político?

3. Referencias

- Alvarado, S. V., Patiño López, J., & Ospina, M. C. (2012). Reflexiones sobre la construcción social del sujeto joven vinculado a experiencias de acción política en Colombia: acontecimientos, movilizaciones y poderes. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp. 203-231.
- Alvarado, S., Ospina, H., Botero, P., & Muñoz, G. (2008). Las tramas de la subjetividad política y los desafíos a la formación ciudadana en jóvenes. *Revista Argentina de Sociología año 6 n°11- ISSN 1667-9261*, pp.19-43.
- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal*. Barcelona: Editorial Lumen, S.A.
- Arroyave Gómez, D. M., & Tabares Ochoa, C. M. (2010). *Las víctimas del conflicto armado y su devenir sujeto político*. [Tesis de Maestría. Universidad de Manizales, Medellín].
- Bonvillani, A. (2012). Hacia la construcción de la categoría subjetividad política: una posible caja de herramientas y algunas líneas de significación emergentes. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp. 191-201.
- Bonvillani, A. (2014). Saberes apasionados: horizontes de construcción de conocimiento de las subjetividades(s) política(s). *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp. 83-100.
- Díaz Gómez, Á., & Bravo, O. A. (2019). *Psicología política y procesos para la paz en Colombia*. Cali: Asociación Colombiana de Facultades de Psicología (ASCOFPASI) y Editorial Universidad Icesi.
- Díaz Gómez, Á., Salamanca A, L. A., & Carmona, O. L. (2012). Biopolítica, subjetividad política y "Falsos Positivos". *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp.47-62.
- Díaz Gómez, A. (2012). Devenir subjetividad política: Un punto de referencia sobre el sujeto político. *Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud alianza de la Universidad de Manizales y el CINDE*, pp.8-121.
- Díaz Gómez, Á., & Alvarado Salgado, S. (2012). Subjetividad Política En: Corpada. *Revista Colombiana de Educación, N.63 Segundo semestre de 2012, Bogotá, Colombia*, pp.111-128.
- Duque Monsalve, L. F., Patiño Gaviria, C. D., Muñoz Gaviria, D. A., Villa Holguín, E. E., & Cardona Estrada, J. J. (2016). La subjetividad política en el contexto latinoamericano. Una revisión y una propuesta*. *Revista CES psicoL, 9(2)*, pp.128-151.
- Fernández Agis, D. (2013). Biopolítica y subjetividad. *Dilemata N°12*, pp. 15-25.
- González Rey, F. (2013). La subjetividad en una perspectiva cultural-histórica: avanzando sobre un legado inconcluso. *CS No. 11*, p. 19-42.

- Gómez Esteban, J. H. (2012). Los meandros de las narrativas políticas juveniles. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp.131-154.
- Gómez Esteban, J. H. (2013). El mal y la subjetivación política. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, niñez y juventud*, pp.51-63.
- Gómez Esteban, J. H. (2014). Prolegómenos para una ética del mal. *Universidad Pedagógica Nacional Fondo Editorial*, pp. 61-79.
- Gómez Vargas, M., Galeano Higueta, C. & Jaramillo Muñoz, D. A. (2015). El estado del arte: una metodología de investigación. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 6(2), pp.423-442.
- Herrera, M. C., Valencia, P. O., Olaya, V., & Cristancho, J. G. (2012). Configuración de subjetividades y constitución de memorias sobre la violencia política. Una promesa de acción en torno a la cultura política. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp.155-167.
- Itatí Rodríguez, M. (2012). La formación de la subjetividad política. *Revista Colombiana de Educación N. 63*, pp. 321-328.
- Jiménez Becerra, A & Torres Carrillo, A (comp.). (2006). La práctica investigativa en ciencias sociales. *DCS, Departamento de Ciencias Sociales. UPN, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá*, pp.9-158
- Lozano Ardila, M. C. (2014). Subjetividad y memoria: una reflexión desde la violencia política en Colombia. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp. 203-215.
- Martínez Posada, J. E. (2012). Transiciones en la subjetividad: trazos para pensar las acciones institucionales, la biopolítica y la intimidad. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp.77-94.
- Martínez Posada, J. E. (2014). El dispositivo como grilla de análisis de las subjetividades. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp. 135-151.
- Martínez, M. C., & Cubides, J. (2012). Acercamientos al uso de la categoría de 'subjetividad política' en procesos investigativos. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp. 169-189.
- Montoya Gutiérrez, J. Á. (2011). El cuerpo en perspectiva de una subjetivación política. Un ámbito de estudio de la Educación Corporal. *Revista Educación física y deporte*, n 30-2, pp. 571-577.
- Morales García, A., Tabares Ochoa, C., Mejía Chaverra, D. & Agudelo Hincapié, Z. (2016). Política del sentir. Subjetividades en narrativas feministas. *Instituto de estudios políticos Universidad de Antioquia*. pp. 1-23
- Mouffe, C. (2007) *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Ochoa, C. M. (2011). Reflexiones en torno al devenir sujeto político de las víctimas del conflicto armado. *Estudios Políticos*. 38, *Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia*, pp. 13-37.
- Ortega Rodríguez, I. (2011). Política, subjetividad libre y mundo. Apuntes para una investigación fenomenológica. *Universidad Pontificia Comillas*, pp. 322-330.

- Paredes Hernández, E. (2012). Dinámica del devenir de la subjetividad femenina feminista. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp.111-130.
- Piedrahita Echandía, C. L. (2009). Subjetividad política en el feminismo de la diferencia sexual: deseo y poder*. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* 7(2), pp. 1713-1729.
- Piedrahita Echandía, C. L. (2012). Una perspectiva en investigación social: el pensar crítico, el acontecimiento y las emergencias subjetivas. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp.31-47.
- Portela Gacia, J. C., & Portela, G. H. (2010). Subjetividad política en la formación de formadores. Estudio sobre la licenciatura de Ciencias Sociales de la Universidad de Caldas. *Latinoamericana de Estudios Educativos*, pp. 129-154.
- Quintero Mejía, M. (2017). Geopolítica de las emociones en tramas narrativas de la ciudadanía: altercidio. *Universidad Pedagógica Nacional Fondo Editorial*, pp. 41-59.
- Saldarriaga Quintero, L. A. (2015). *Subjetividad política y narrativa. Los círculos de mujeres una pedagogía insumisa*. [Tesis de Maestría, Universidad de Antioquia, Medellín].
- Sandoval Moya, J. (2002). Ciudadanía, "Gobierno" de la subjetividad y políticas sociales. *Última Década N. 17, CIDPA Viña del MAR*, pp. 161-177.
- Torres Carrillo, A. (2009). Acción colectiva y subjetividades. Un balance desde los estudios sociales. *Folios*, pp. 51-74.
- Useche Aldana, O. (2012). Diferencia, subjetividades en resistencia y micropolítica del acontecimiento. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp.95-109.
- Vommaro, P. (2012). Los procesos de subjetivación y la construcción territorial: un acercamiento desde experiencias de organizaciones sociales en Buenos Aires. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp.63-76.
- Zemelman Merino, H. (2012). Subjetividad y realidad social. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos. Biblioteca Latinoamericana de subjetividades políticas*, pp. 235-246.